

de los resultados obtenidos de frecuentes observaciones durante varios años y ese será el valor medio de la coordenada o lo que es lo mismo, la posición del lugar respecto al Polo medio. En nuestro caso, tendríamos que, aproximadamente, la latitud del Círculo Meridiano es de $-19^{\circ}24'17''92$,

y digo aproximadamente, porque las observaciones no están hechas en épocas apropiadas para el estudio del movimiento del Polo, sino que lo fueron con el fin de otra investigación, pero me valgo de ellas para hacer resaltar dicho movimiento y como una pequeña colaboración científica.

ALBA EN EL TROPICO

P o r R U B E N S A L A Z A R M A L L E N

UN CAPITULO DE NOVELA

PEINABA el alba los penachos de las palmeras cuando Leonel Ramos saltó de la cama. La puerta abierta dejaba ver un pedazo del empedrado patio, gris y triste entre la incipiente luz del día, en donde las gallinas picoteaban unas boñigas y el alcaraván, orgulloso y desconfiado, iba precipitadamente de un lado a otro.

De ordinario este espectáculo trivial empañaba de melancolía el despertar de Leonel. Era una melancolía sin contornos y sin fuentes perceptibles, que rechazaba toda explicación, o, para decirlo con mayor exactitud, no reclamaba explicación, sino se saciaba y se cumplía con fluir. Pero ahora, junto con ella, surgió súbitamente el deseo de conocer su raíz y su contenido.

Leonel, asaz nervioso y más impaciente para proceder con calma, formuló una hipótesis antes de analizar su pena, de descomponerla en sus elementos. He aquí la hipótesis, que después hubo de comprobar paso a paso: el patio empedrado evocaba el recuerdo del patio de su casa de México, un patio todo de cemento, pulido y raso, que, en la memoria, arrastraba consigo mil recuerdos más: la infancia apacible al lado de su madre, la beata floración de la vida, los juegos solitarios al regreso de la escuela, el retozo con los condiscípulos en las grandes ocasiones. El patio de su casa de México obligaba a Leonel a regresar a su pasado y también lo obligaba a recordar a México, a reconocer que estaba ausente de México, aunque no por su voluntad, ciertamente. Era esto lo más doloroso: la certidumbre de que su lejanía de la metrópoli le era impuesta. De aquí manaba la melancolía.

Leonel quedó persuadido de que había acertado y se propuso no volver a mirar hacia la puerta al despertar. Entonces, casi mecánicamente,

buscó el punto al cual debía dirigir su mirada: frontera a la cama, pendiente de dos grandes arrollas, estaba la hamaca pintarrajeada de rojo, y en un lado, justamente el opuesto a la puerta, se abría la ventana, protegida por los barrotes de una reja, dejando ver los espesos bambimbos. Hamaca y bambimbos, como animados por un maléfico poder, sugerían instantáneamente la idea de permanencia en un pueblo del trópico, esto es, del alejamiento de la urbe.

Comprendió Leonel que estaba rodeado por los datos de su destierro, implacablemente rodeado. Le extrañó haberlo comprendido con precisión hasta ahora; pero su extrañeza no fue dolorosa, sino agradable. Tanto así, que el joven sonrió a solas. No más de unos segundos había durado su reflexión.

Empezó a vestirse con presura, olvidado de toda otra preocupación que no fuera la de terminar pronto. Como ocurre con frecuencia en casos semejantes, se estimulaba con una frase tercamente repetida en su interior: "...porque tengo mucho quehacer", "...porque tengo mucho quehacer".

Después de haberse mojado la cara, el cuello y los brazos con abundantes abluciones, concluyó su tocado y fue a la galería de cristales que hacía veces de comedor en casa de don Ciriaco. La criada, una india alta, airosa, vestida con huipil negro y enagua de olán de color lila, sirvió el desayuno: una rebanada de papaya, plátanos, chicozapotes, pan de huevo y una taza de chocolate.

Leonel miró fijamente a la criada durante un minuto. ¡Cuán distinta esta mujer garrida y alta de la menuda Chana! Chana, llena de garbo también, era, sin embargo, antes que todo una pincelada de gracia en el paisaje del istmo. Solía usar huipil rojo con lunares amarillos y enagua negra, anudaba sus trenzas en maciza corona alrededor

de la cabeza y cuando, muy temprano, se deslizaba desde Guichevere hasta el consultorio del doctor Valverde, parecía una muñeca a la que un genio travieso hubiese insuflado vida. Así era Chana, la amante de Leonel. Y por dentro: apasionada, celosa. Precisamente la víspera habían tenido una escena.

Fue así: Leonel la esperó debajo del puente, en donde la arena, untada de luna, estaba azul y el agua del río, untada de luna, era como plata rumorosa que corría cantando una cancioncilla banal y tierna hacia el bosque de palmeras, que a la distancia, por el lado de San Jerónimo, fingía una mancha de bordes metálicos, fríos. Chana llegó envuelta en un poco de viento, sostenía en la cabeza un cántaro de dulce curva, la arena crujía hollada por sus pies desnudos, y así, sobre la playa azul, con el cántaro en la cabeza, impulsada por un ritmo gentil, se diría una de esas mujeres que, trémulas de leyenda, cruzan por las páginas de la Biblia. Se sentaron en una de las piedras con que el cerrito del Calvario baja al río. "Mañana no podré verte, tengo que ir a unas labores", dijo Leonel. Los ojos de Chana se encendieron de cólera. "¿Crees que no sé?", repuso. "Vas a ver a la mesha Muller; se la quieres quitar al teco".—"¿Qué tengo que ver con la mesha Muller?", inquirió, asombrado, Ramos.—"Te ví, te ví el otro día. Ibas con ella y te reías".—"¿Y eso qué? El teco Alarcón es mi amigo y yo puedo acompañar a Ruth".—"¡Mentira, mentira! Suéltame". "Shunca..." "¿Crees que soy como Josefina, que nada más para eso... sirve!" Intentó desasirse del abrazo de Leonel; pero él la retuvo con fuerza. "A ver", murmuró cariñoso, intentando acariciar los cabellos de la muchacha, que, irritada, sacudió la cabeza. "¿No? ¿Por qué eres así, shunca, si ya sabes...?" En aquel momento se escucharon voces y ruido de pasos en lo alto del puente. "¡Tonta!", añadió Leonel. El río corría casi a sus pies despertando sutiles chasquidos, sus aguas ensortijadas se enredaban y desenredaban hasta perderse a lo lejos. Chana susurró de pronto: "No vas mañana a las labores, ¿verdad?"—"Tengo que ir".—"No vayas, no quiero que vayas".

Apenas concluido su yantar, Leonel apartó el recuerdo y volvió a su cuarto. Sacó de abajo de la cama, arrastrándolo sobre el piso de ladrillos, su veliz y lo abrió: procedía con seguridad y firmeza, aunque no prestaba la menor atención a sus actos. Desde la noche anterior sabía qué era lo que debía hacer: ir a una labor situada por el lado de la Zanja Grande, distribuir entre los trabajadores del trapiche los volantes que la víspera le enviaron de México y, si para ello encontraba co-

yuntura, trabar conversación con algún peón, catequizarlo.

Escondido entre las ropas estaba el montón de impresos. Leonel tomó una parte de ellos, los puso debajo de su camisa, junto a la piel, cerró el veliz y, con la cabeza descubierta, el paso ágil y vivo, salió a la calle.

Estaba la calle fresca de madrugada, de los bambimbos caía un poco de noche y las fachadas de las casas cobraban una palidez grisácea ante la proximidad del día. Leonel enderezó su marcha por el rumbo de la estación: los rieles escapaban, huían a unirse en el horizonte entre malezas oscuras; a la derecha gemía casi sin ruido el cocotal, a la izquierda las casas se cubrían de luz, y más allá del camino real que conduce a la Mixtequilla, se veía la primera labor un poco borrosa entre el vaho de la hora.

Una sorda angustia oprimía a Leonel: quizás su destino lo llevaría a morir en un escondido trapiche, junto a las humeantes pailas, sin grandeza ni gloria, asesinado por una turba de hombres feroces, destrozado por el filo de los machetes. El temor de un tal fin sugería inevitablemente al nostálgico la representación de un posible final en México: allá la plaza pública, o el mercado, o la calle se abrían como páginas para escribir una palabra brillante e indeleble; con caer se suscitarían centenares, millares de ecos, se apresuraría el pulso de las muchedumbres, se desatarían la pena y la indignación de los camaradas. ¡Era tan hermosa la campaña en México!

Leonel evocó un pasaje de esa vida: una ocasión se celebraba un mítin a las puertas de un mercado. El corro de los oyentes aumentaba minuto a minuto, y Leonel, con el friso de las caras asombradas a sus pies, peroraba fogosamente. De pronto irrumpió entre la muchedumbre un grupo de policías y como las olas ante el empuje de un navío, se apartaron las cabezas, los hombres, los pechos. Un policía, adelantando a los demás, intentó asir a Leonel y al instante cien voces cólericas rodearon su ademán: "¡No, no!" La multitud apretó sus filas, algunos puños sobresalieron amenazadores, las voces se multiplicaron. Habría sido hermoso morir en aquel trance: la sangre pisoteada por la fuga del rebaño humano empavorecido y al día siguiente el nombre de Leonel repetido en las páginas de los periódicos; después, cada aniversario, los camaradas celebrarían mítines de ira y de luto.

Aquí: la sordidez de los indígenas ignorantes, la incomprensión, una greca de cónicos sombreros de palma con rostros inexpresivos debajo. Y si corría la sangre, correría para ser chupada

por una tierra indiferente y feraz, sin sacudir el árbol de los ecos.

Las risas imprevistas de una breve caravana alcanzaron a Leonel y rompieron su cavilación. Eran el teco Alarcón y Ruth Muller, Ana Muller con Beto Gallardo y atrás, rezagadas, las hermanas Morenos, María y Florentina, con el grueso boticario Fernández.

Leonel los esperó a un lado de la vía, de pie sobre un durmiente cubierto de chapopote y su mirada se detuvo en Alarcón y en Ruth Muller, que marchaban sobre la tierra floja asidos de las manos. Los rubios cabellos de Ruth brillaban como un halo entre la claridad matutina, que, ciñéndolos, daba la ilusión de que luz y cabellera eran una sola pieza. Entonces advirtió Ramos que no le había disgustado verse sorprendido, apartado del propósito que fraguara la víspera.

—¿Qué haces tan temprano?— le preguntó a cierta distancia el teco Alarcón.

—Vine a pasear... a nada —repuso Leonel. Debajo de la camisa crujían ligeramente los impresos.

—¿Nos acompañas a la Zanja Grande? —invitó Ruth.

En tanto cruzaban estas frases, se les unieron el resto de los paseantes. Juntos ya, en un solo grupo, continuaron la marcha, Leonel iba junto a Ruth.

—Pasado mañana me voy a México —dijo Alarcón.

Sonreía con cara franca, jovial; pero a Ramos, sin que supiera por qué, le pareció que la voz ocultaba malignidad y burla. Se diría que en ella, como una entraña, palpataba la ciudad lejana, los altos edificios cuyas marquesinas dan sombra a las aceras, los jardines de prados bien trazados y las calles en que jamás cesa el latido del tránsito.

—¿Ya? —preguntó secamente, sin dar señales de interés, Leonel.

—Ya empezaron las clases; sólo este flojo de Beto quiere quedarse otro mes.

Beto, que caminaba dos pasos atrás, dijo: “¡Claro!” y reanudó su conversación con Ana. Su palabra concisa y solitaria llenó de alegría a Leonel: durante un mes tendría un compañero en su destierro. Beto y él eran condiscípulos y cultivaban en la escuela una íntima amistad, no obstante que pertenecían a círculos diferentes. Beto prefería el trato de los estudiantes ricos y frívolos, los “bicicletos”, que vestían bien, asistían a fiestas, corrían juergas, y en ello ponían sus orgullo y su satisfacción. Leonel, por el contrario, estaba con los “malditos”, era el quinto

de ellos. Le preocupaban los temas trascendentales, discutía, formulaba proyectos, opinaba acerca de la revolución social y, juntamente con Everardo Ibarra, miembro, como él, del Partido Comunista, tomaba parte en mítines, sesiones, asambleas y escándalos. “Bicicletos” y “malditos” se detestaban, los animaba un recíproco desprecio y cada grupo reclamaba para sí la pretensión de haber asumido la actitud justa ante la vida. En cierta ocasión, al concluir un curso, los “bicicletos” dieron un banquete en uno de los restaurantes más caros e invitaron a sus maestros; los “malditos” respondieron con una cena en un fonducho y llevaron como invitados de honor a los mozos de la Escuela. Semejante rivalidad no impedía que, en lo personal, fraternizaran algunos “malditos” con sus adversarios.

—¡Lépero!—estalló, musical, la voz de Ana.

Llegaron a la Zanja Grande, un canal artificial que se arrastraba entre matorrales y recibía sombra de unos almendros. El teco Alarcón y Beto Gallardo apostaron a quién salvara de un salto la acequia, y ambos, con resolución paralela intentaron simultáneamente la empresa: retrocedieron veinte pasos para tomar carrera y se lanzaron hacia adelante. Un momento parecieron suspendidos en el aire a igual altura; pero el impulso de Beto, más vigoroso, lo llevó limpiamente a la margen opuesta, en tanto que Alarcón hundía una pierna en el agua, incapaz de alcanzar por completo el ribazo.

Riendi reanudaron la marcha, Alarcón y Gallardo por una margen y el resto de los paseantes por la otra. Ana Muller se había unido a Florentina y María Moreno, mientras Ruth, a la zaga, conversaba con Ramos. Era amable y suave la conversación: Leonel se sentía envuelto en una seda delicada y sutil, sonreía contento y si por acaso una pregunta o una observación de Alarcón rompía la plática, una viva contrariedad le mordía el ánimo. Así se prolongó el paseo hasta llegar a un puentecillo formado con gruesos tablones. Los dos grupos se fundieron en uno y el orden que prevaleciera a lo largo de la vía del ferrocarril, volvió a distribuir a los jóvenes.

—¿Vamos a México, Leonel? —dijo Alarcón.

Advirtió Ramos, y le sorprendió fijarse en ello, que en la voz de su interlocutor no vibraba el más mínimo resentimiento, el menor disgusto por el tramo que Ruth y él, Ramos, recorrieran el uno junto a la otra, entregados a una amena charla. La idea, rápida como una saeta, no detuvo la respuesta:

—No, yo no. Si regreso y me aprehenden, me relegarán a las Islas Marías.

Inclinó la cabeza. Las palabras que acababa de proferir, levantaron en su memoria al recuerdo. Aparecía una manifestación de tranviarios: en la calle del Palacio Legislativo, ancha y soleada, se alineaban los tranviarios con sus trajes azul marino; después, obreros de overol; un coro de mujeres que reían alegremente, como en una fiesta y, por último, cerca del rojizo esqueleto del Palacio Legislativo, una turba de hombres con sombreros de zoyate y calzones de manta. A trechos surgían de la columna humana cartelones con grandes letreros. Los líderes iban de un grupo a otro, corregían la alineación, daban voces. Era una pacífica manifestación organizada por adictos a la II Internacional, que los comunistas se habían propuesto desviar hacia la violencia. Llevaban volantes impresos en mimeógrafo y tenían intención de pronunciar discursos; pero, advirtió desde muy pronto Leonel, el empeño sería vano: aquella enorme cantidad de gente los rechazaría incitada por sus líderes. Los comunistas, por parejas, pusieron manos a la obra. Leonel tenía por compañera a Irene. "Tú repartes los volantes y yo hablo", dijo a la muchacha. Ella hendió una hilera de tranviarios y empezó a distribuir las hojas de papel rodeada de gritos agresivos: "¡Fuera, fuera!" De súbito una mano iracunda le arrancó el montón de volantes que llevaba bajo el brazo, dejándola atónita, muda de miedo ante un hombre que la miraba severamente. En aquel momento Leonel se abrió paso entre los que rodeaban a Irene y, después de una pausa de indecisión, se arrojó contra el que despojara a la joven. La acometida fue inútil, el hombre se esquivó gritando: "¡Fuera, son comunistas!", después despedazó menudamente uno de los volantes, sonriendo, y aventó a lo alto un puñado de pedazos. "Compañeros", trató de hacerse oír Leonel; "nuestra propaganda está siendo destruida por los líderes de esta manifestación, porque..." Un tranviario grueso, sucio, con un pañuelo rojo anudado al cuello, se colocó junto a Leonel y enarboló un dedo con ademán amenazador. "A hacer discursos a Tepito", gruñó. Los demás tranviarios rieron sonoramente; Leonel ya no vio sino un friso de bocas abiertas por la risa. Haciendo un esfuerzo continuó: "...Nosotros afirmamos

que la Junta de Conciliación apenas significa algo en este caso, es el régimen capitalista todo..." "A hacer discursos a Tepito, amigo", repitió el tranviario grueso dando un empujón a Leonel. Iba a insistir éste en su propósito, cuando Blanca, una veterana del comunismo, lo asió del brazo y lo apartó del lugar. Los dos, precedidos por Irene, echaron a andar hacia la calle del Eliseo. Ahí los alcanzaron unos policías a los que guiaba el tranviario grueso. Después de una breve discusión, los tres fueron conducidos a la Jefatura de Policía. Leonel se adelantó mucho a Irene y Blanca y pronto estuvo ante un funcionario de cara adusta y descortés además, que apuntó su nombre. Ramos, que ya sabía el procedimiento que se seguía con los comunistas en aquel tiempo, entregó sus papeles para evitar el humillante registro. Llevaba manuscritos de su puño y letra un proyecto de proclama, todo subversión, y un informe de su célula: lo bastante para que se le considerara sedicioso. "¡Ajá!", dijo el funcionario hojeando los papeles, llévenlo para adentro". El policía que condujera a Leonel hizo notar que debían traer otros prisioneros. Dejaron a Leonel en el aposento, en espera de los demás, y de pronto el joven notó que había quedado sin vigilancia. Aprovechando la coyuntura traspuso la puerta con aparente calma, pasó ante el agente de guardia, bajó las escaleras a escape y al fin, libre, respiró en la calle. Dos días después supo que había orden de aprehensión en su contra. "Sería romántico que usted permaneciera aquí", le dijo el secretario del Socorro Rojo Internacional, o lo aprehenden o tiene que estar oculto, alejado del Partido". Leonel tenía una invitación de Gallardo, reiterada dos años consecutivos, y se decidió...

La actitud pensativa de Ramos suscitó una pregunta de Ruth:

—No quieres dejar a Chana, ¿verdad?

Leonel no había pensado en la zapoteca; clavó una mirada en la sonrisa maliciosa de Ruth, y, como pesaroso de dejar el recuerdo, respondió:

—Es muy chula shunca; pero...

En los ojos de la rubia joven se encendió una llama extraña, de cólera y de reproche.

—¡Una criada! ¿No te da vergüenza, Leonel?